

La revolución centrípeta de Víctor Toledo

Armando Bartra

Cuando yo era chico —y todos los aviones tenían hélice— los niños de banqueta y de azotea leíamos libros de exploradores que nos mostraban un mundo lleno de serranías impracticables, florestas inéditas, islas desiertas, ríos inexplorados y selvas vírgenes donde la mano del hombre no había puesto el pie. Después descubriríamos que la mano y el pie referidos eran los del hombre blanco. Pero de todas maneras en el imaginario del medio siglo la tierra era un planeta silvestre, un mundo poblado de bestias y *naturales más o menos salvajes*.

En verdad ya no era así, pero la imagen romántica aún se sostenía. Cincuenta años después el sueño ha terminado. Pese a Discovery Chanel, hoy es evidente que el planeta todo ha sido colonizado por el gran dinero con salacot, por el capital disfrazado de hombre blanco, es claro que los románticos reservorios silvestres de mi primera edad se han convertido en patios traseros donde la industria atesora materias primas y arroja desechos, que las comunidades rurales no son más que suburbios de las megalópolis. De esta crisis ecológica y civilizatoria, y de mucho más, nos habla *La paz en Chiapas*, el último libro de Víctor Toledo.

Trabajo de lógica implacable, que partiendo de visionarias consideraciones filosóficas y pasando por el vertiginoso diagnóstico de un cataclismo planetario inminente, concluye en una generosa apuesta civilizatoria, el libro contiene también un penetrante acercamiento a Chiapas: el severo diagnóstico del dañado paisaje de Las Cañadas, una sólida propuesta de desarrollo regional sustentable, un innovador modelo productivo fundado empíricamente en decenas de experiencias mesoamericanas y una optimista conclusión ecológica.

Dado que coincido en lo esencial, y en casi todo lo accesorio, con los planteamientos de Víctor Toledo, no me queda más que tratar de compartir con ustedes algunos de sus conceptos más sugerentes, agregando sólo algunas ideas de mi cosecha, unas cuantas previas y otras generadas por la lectura.

Para Toledo, el fin del segundo milenio está marcado por una crisis planetaria cuyo sustento se ubica en la creciente tensión ecología-sociedad, contradicción que está a punto de entrar en fase terminal. El perverso metabolismo hombre-naturaleza instaurado por la civilización industrial, siempre fue insostenible, pero acelerado por la lógica neoliberal de las últimas décadas nos está llevando a un despeñadero civilizatorio, del que son anuncio los recientes y arrasadores desastres globalizados.

Y en la lucha por revertir la gran crisis ecológica planetaria, surge un nuevo sujeto —nos dice Toledo— una nueva identidad supranacional y supraclásista, metahistórica y metasocial, la del hombre como especie y dotado de una conciencia transgeneracional. Y aquí no puedo menos que recordar los planteamientos pacifistas de los años sesenta que ubicaban la tensión histórica fundamental en la contradicción entre el hombre y los medios de destrucción masiva, y apostaban a la emergencia de la humanidad como sujeto unitario confrontado a *La Bomba*. El diagnóstico no estaba equivocado y en los años álgidos de la *guerra fría* el pacifismo cundió por todo el mundo, sin embargo es claro que si bien la posibilidad de un cataclismo planetario nos pone a todos en el mismo Titanic, no cancela los intereses nacionales y de clase, de modo que la conciencia conespecífica y transgeneracional encarna mejor en unos sectores que en otros y hay unos cuantos egoísmos recalitrantes que de plano la rechazan.

En este punto, cuando el biólogo Toledo habla de una *alianza con la naturaleza* y se refiere a ella como *explotada, amordazada, cautiva, o actriz*, entiendo que está empleando metáforas. Pero también encuentro ecos de las propuestas que ven en la naturaleza una suerte de sujeto. Idea que me resulta intelectualmente incómoda, y que en su versión ingenua se expresa en la manera como el ecologismo *light*, personaliza delfines, mariposas o la propia biosfera. Todo en una suerte de neonamismo, plausible quizá en sus intenciones pero conceptualmente difícil de sostener.

No es este el caso de Toledo, quien en realidad está hablando de la socialización de la otredad física y biológica: de la interiorización del ámbito natural al mundo humano, ya no sólo como ejercicio del intelecto sino como práctica material. Sin duda esta subsunción ha sido a la mala y ha generado sus propios espejismos ideológicos, como el del supuesto *triunfo del hombre sobre la naturaleza*. Pero, en todo caso, es imposible regresar a la percepción mítico-religiosa de los pueblos premodernos. Aunque, sin duda, podemos aprender de ellos los estilos de una domesticación sostenible, de una convivencia pacífica y armoniosa con el mundo silvestre.

Y esto es, precisamente, lo que sostiene el libro, al llamar la atención sobre el hecho de que hay una afortunada, consistente y nada casual coincidencia entre la

biodiversidad y la multiculturalidad, en la riqueza social y la abundancia natural del planeta se encuentran en los mismos lugares, y en que las comunidades rurales, y en particular los llamados indios, son guardianes de lo más valioso de nuestros reservorios naturales. Por que si vemos en el metabolismo hombre-sociedad una suerte de proceso de producción en sentido amplio, la apropiación de la naturaleza corresponde al mundo rural, donde se concentran las actividades primarias, mientras que el consumo, tanto productivo-industrial como final, se focaliza en los ámbitos urbanos, donde se ubican las actividades secundarias y terciarias. Así, al amenazar a los indios y campesinos, el capitalismo salvaje amenaza también a la naturaleza, y la resistencia de las comunidades rurales contra el desmantelamiento y la exclusión, es el germen de la ofensiva civilizatoria que deberá conducirnos a una modernidad alternativa.

Como casi todos lo hacemos, Toledo habla de las comunidades agrarias campesinas y de los pueblos indios como sociedades que *resisten* y *persisten*, como reducidos donde *la civilización industrial no pudo o no ha podido aún imponerse*, en una suerte de referencia a la raya pintada en el suelo y el *no pasarán* con que, dice la leyenda, un jefe yaqui recibió a los conquistadores españoles. Pero pasaron, vaya que pasaron, y como muchos, Toledo aclara que los indios y los campesinos no son *arcaísmos immaculados*, sino que han sido *reinventados, recreados*.

¿Qué quiere decir, entonces, el aserto toledano *no ha podido aun imponerse?* Para mí significa, no que en pleno siglo veintiuno aún persistan pueblos y territorios en exterioridad respecto del sistema y la civilización capitalista, no que ciertas sociedades se aferren con éxito inusitado al pasado premoderno, no que al lado de la civilización occidental haya una testaruda *civilización no occidental*. Significa, más bien, que la vocación y lógica totalizadoras del capitalismo, enfrentan contradicciones estructurales por las que la diversidad se reproduce en el interior del sistema. Diversidad de tecnologías, de relaciones económicas, de nexos sociales, de culturas, es decir diversidad de presentes pero también de visiones del pasado y de proyectos de futuro. Y en esta heterogeneidad contradictoria, estructural e inmanente, se fincan, primero, resistencias y después propuestas alternativas, sueños de civilizaciones otras, utopías prácticas y en curso.

En términos lógico-estructurales, es decir sincrónicos, no hay exterioridad: todos estamos dentro de un sistema contradictorio y desgarrado que engendra sus propias negaciones. En términos históricos y diacrónicos, no hay extemporaneidad: cada grupo social diverso apela al pasado para construirse una historia, embarnecer como actor social del presente y apostar fuerte por el porvenir. En un mundo globalizado no haya adentro ni afuera; hablar de centro y periferia puede ser gráfico, aunque cada vez resulta más relativo, pero en cualquier caso todos estamos adentro. Y en un

mundo de comunicaciones instantáneas y migraciones planetarias, no coexisten tiempos históricos distintos, todos somos contemporáneos. Frente a las visiones dualistas que, además, proponen la coexistencia de tiempos históricos distintos, yo prefiero pensar en un sistema unitario pero desgarrado, un mundo simultáneo pero diverso. En esta perspectiva todos somos contemporáneos, todos somos modernos y todos formamos parte de una misma civilización, lo que sucede es que modernidad y civilización deben redefinirse, asumiendo su condición contradictoria y su constitutiva heterogeneidad.

II

Toledo propone también una sugerente periodización de los movimientos rurales recientes acaecidos en el campo mexicano. Habría primero un lapso de luchas agrarias centradas en el acceso a la tierra, que yo ubicaría en los setenta; un segundo período de forcejeo económico, que yo situo en los ochenta; y una fase de combate ecológico, que arranca en los noventa y la que el autor llama *el otro zapatismo*.

Se trata, a mi modo de ver, de momentos sucesivos de un mismo proceso, cada uno de los cuales supera al anterior sin negarlo. Así las demandas agrarias son la expresión primaria y fundacional del combate campesino por la existencia: la movilización económica en pos de una ilusoria emancipación librecambista, es lucha por la tierra en un nivel superior, es decir, por usarla y conservarla; y los recientes esfuerzos por afincar una agricultura ecológicamente sustentable, suponen pasar de la simple *apropiación del proceso productivo*, a la revolución ambientalmente sostenible de dicho proceso.

Sin embargo, aun admitiendo que los años recientes están marcados por la consistente búsqueda de la sustentabilidad por parte de numerosas organizaciones campesinas e indígenas —movimiento que es legítimo llamara *el otro zapatismo*— me parece que lo más novedoso del movimiento rural en el recambio de milenios, no es tanto la creciente conciencia ambientalista, como la superación de la autogestión económica que marcó los ochenta, por la autonomía social, política y cultural, que emerge en los noventa y se generaliza en el milenio entrante. Y es que el acceso a la tierra, el forcejeo en el mercado y la existencia de paradigmas productivos amigables con la naturaleza, serán logros efímeros si no se construyen espacios políticos de poder popular, ámbitos de libre determinación y autogobierno. *Tierra y libertad*, lema que el zapatismo tomó de los magonistas, es hoy más válido que nunca, sobre todo por el reciente énfasis en la segunda parte. Y es que ochenta años de revolución hecha gobierno mostraron que reparto agrario y desarrollo agrícola a cambio de vender la

LIBROS

libertad e hipotecar la conciencia, es un mal negocio. Cosa que, a su modo, entendieron los cristeros de base a fines de los años veinte.

Pero también es verdad que la tierra, los recursos económicos y los derechos políticos servirán de poco si no reencauzamos el sistema todo por una vía sustentable. Y en esta tarea mucho tiene que decir el que Martínez-Alier ha llamado *ambientalismo de los pobres*, y que Víctor Toledo documenta con cerca de veinte ejemplos más o menos exitosos, que van desde la reserva campesina de Yum Balám, en el norte de Quintana Roo, hasta el esfuerzo de los Seris de Sonora por aprovechar sosteniblemente la isla de Tiburón, el mar y la vecina franja costera continental. Es ahí, en estos campos de experimentación económica y social que combinan los saberes ancestrales con ciencia moderna; ahí, donde las virtudes de lo pequeño se articulan con las economías de escala de las empresas asociativas; es en las tercas y esforzadas utopías prácticas de los hombres del campo, donde Toledo encuentra el germen de una modernidad alternativa. Y donde encuentra, sobre todo, la fuente de su inquebrantable optimismo.

III

La inmersión del libro en la realidad chiapaneca empieza con un diagnóstico de la selva Lacandona y en particular de la región de Las Cañadas. Ahí se pone de manifiesto que decretar unilateralmente zonas de reserva, que enajenan a las comunidades de su habitat natural y que con frecuencia no abarcan lo que deberían abarcar, es parte del problema y no de la solución.

Se ocupa, después, de las migraciones a La selva de tzeltales, tzotziles, tojolabales y otros, documentando uno de los últimos desplazamientos poblacionales masivos hacia supuestas zonas de colonización. El descenso a Las Cañadas es todavía un movimiento hacia la periferia, una marcha hacia el simbólico Sur, iniciada en los años treinta y culminada en los primeros noventa. Migración aún centrífuga y hacia las orillas del mundo, que contrasta con el universal éxodo hacia el Norte, hacia las ciudades, hacia la industria; movimiento que es más bien una implosión, un flujo centrípeto, que tiene añosos antecedentes pero se intensifica en el último cuarto de siglo.

Y la diáspora tiene efectos contradictorios. Mientras que en *La rebelión de Chiapas*, Neil Harvey destaca la ruptura con el autoritarismo, la introducción de prácticas democráticas, el protagonismo de la mujer, entre otros efectos positivos que tiene entre los jóvenes migrantes el distanciamiento respecto de las comunidades de origen; en *La paz en Chiapas*, Víctor Toledo, sin desconocer estas virtudes que explican en

parte el talante renovador del neozapatismo, destaca también que el desarraigo espacial, el desencuentro con el medio ambiente, la ruptura con el pasado y sus conocimientos tradicionales, la desarticulación de prácticas comunitarias, resultantes de la migración se expresan en la pérdida casi total de la agricultura de traspatio, el poco manejo de la selva y el acahual, y el empobrecimiento de los saberes agrícolas ancestrales. El alzamiento de 1994 remite a los dos saldos de la migración: las virtudes políticas de una situación de cambio y los vicios ecológicos de una producción maicera, ganadera, cafetalera no sustentable.

Los indios de Las Cañadas no sólo necesitan derechos políticos, requieren también un modelo productivo que les permita vivir en armonía con la naturaleza e insertarse al mercado en condiciones no tan desventajosas. Toledo encuentra los principios inspiradores de este paradigma, en la forma como los antiguos pobladores de mesoamérica aprendieron a convivir con la selva tropical húmeda. Región y ecosistema hasta ahora relativamente preservados, pues en el pasado sus recursos o resultaron demasiado atractivos para el capital. Ahí el biólogo encuentra una suerte de paraíso amenazado por la serpiente del industrialismo occidental, una *sociedad sin clases*, dotada de una *economía colectivista* y una *religión cósmica*, que le habían permitido vivir en *relativa armonía con la naturaleza*.

La amenaza no proviene de la proverbial curiosidad adánica, sino de una serpiente. Y esta serpiente tiene nombre, se llama Grupo Pulsar y se dedica a la bioprospección y las plantaciones celulósicas. La empresa de Romo, como sus semejantes trasnacionales, ha descubierto que además de abundante en petróleo, gas y agua, la selva es un reservorio de diversidad biológica, y en su afán de atesorar la vida no ha encontrado nada mejor que recolectar muestras, obtener sus códigos genéticos, alterarlos ligeramente y patentarlos, pues sólo de esta manera la vida arrojará ganancias. Entre tanto, la incómoda diversidad de la selva puede ser emparejada para establecer vertiginosas plantaciones de eucaliptos. En cuanto a la gente, los que no puedan ser enganchados en las inéditas monterías artificiales, tendrán la posibilidad de entrar como galeotes en las nuevas maquiladoras del sureste.

La otra vía, la de Víctor Toledo, consiste en *transformar la capesinidad en rentabilidad sin pasar por las formas modernas o agroindustriales*, sedentarizando la milpa con leguminosas y nomadizando el pastoreo con rotación de potreros, intensificando y diversificando la huerta, recuperando el traspatio, aprendiendo de nuevo a manejar la selva y domesticando el acahual. La transición que propone el autor, se asemeja mucho al espíritu de las revoluciones democrático-populares de la primera mitad del siglo XX, que pretendía pasar de la sociedad agraria al socialismo, esquivando los males de la industrialización capitalista. Yo soy de quienes creen que el intento estaba más que justificado, pero es evidente que en muchos casos la autopía terminó en

infierno, y que en cuanto al modelo tecnológico y económico, las inercias planetarias del capitalismo terminaron por imponerse. Entonces, la apuesta de Marx y los populistas rusos por la conservación del comunitarismo agrario en la construcción de una sociedad poscapitalista, puede mantenerse, pero en todo caso reformulándola a la luz de lo acaecido durante el pasado siglo.

Con los pies bien puestos sobre la tierra, el biólogo visionario resume el modelo en seis procesos y nueve principios, la modernización alternativa de la selva cuya clave está en la diversidad y el manejo holístico. Manejo productivo que debe ser múltiple y a la vez integrado, no sólo por las exigencias de la sustentabilidad ambiental en el contexto de un ecosistema complejo y diverso, sino también por las heterogéneas necesidades de las familias y las muy diversas y variopintas potencialidades de los grupos domésticos. Toledo nos explica lo que debe ser un modelo ecoproductivo, habría que insistir también en la necesidad de una microeconomía del tiempo de trabajo y de los bienes empleados y generados, que considere la valoración subjetiva de las labores y sus productos; una administración de valores de uso capaz de jerarquizar esfuerzos y necesidades en el contexto de una teleología más que económica social; en pocas palabras, una economía moral del bienestar.

Pero el modelo no es una receta. La infinita diversidad natural y humana que hay que respetar, la condición irrepetible de cada microrregión, cada comunidad y cada grupo doméstico, los albueros climáticos que hacen distinto cada ciclo agrícola, obligan a que cada comunidad diseñe su propio plan de acceso a los recursos, de intercambios de trabajo, de actividades asociativas, de convivencia socioeconómica; y a que todas y cada una de las familias inventen su propia unidad productiva y reproductiva. Y en este contexto no hay más camino que la autogestión. Cuando no existe un autómatas/autócrata fabril que dicte tiempos y movimientos, en ausencia de la uniformidad laboral de los monocultivos y las plantaciones, cada comunidad y cada familia, específicas y cambiantes en el tiempo, tiene que diseñar y rediseñar su sistema productivo y de convivencia. Sin taylorismo y sin inercias tecnológicas, sin patrón, ni capataz ni amo, el reino de la diversidad virtuosa es, por fuerza, el reino de los hombre libres. Libres, creativos, innovadores..., pues en ello les va la vida.

IV

El paradigma ecoproductivo es inviable sin democracia comunitaria y sin autonomía regional, nos dice Toledo. Y aquí entramos en el terreno de la ecología política. Para que puedan funcionar los *laboratorios societarios*, que propone el autor es necesaria, dice, *mínima independencia respecto de los poderes dominantes*. No *autarquía*, pero sí la existencia de zonas relativamente liberadas. Sin duda tratar de

mantener la autonomía local y regional es una legítima práctica defensiva. Lo que resulta dudoso es la sustentabilidad de una autonomía que respalda sólo en lo local y lo regional, la posibilidad estratégica de mantener zonas relativamente liberadas sin una correlación de fuerzas favorable en lo nacional y, a la larga, sin ir modificando globalmente el sistema político y el modelo económico.

Es proverbial que el neozapatismo privilegia las transformaciones de abajo a arriba, y que el EZLN desconfía de la política personalista o electorera que concibe al cambio como obra de los hombres del poder. Sin embargo, cuando los veintitrés comandantes y un subcomandante emprenden la marcha rumbo a la capital de la república, están poniendo de manifiesto que no basta con crear dos, tres, muchas zonas liberadas, que la revolución centrípeta no avanza sólo organizando un cerco de laboratorios societarios. Es necesario igualmente atacar en el centro, presionar en la cúpula, lograr que lo que viene de arriba también facilite la liberación.

Sin duda hay que *mejorar las relaciones asimétricas de las comunidades con el Estado*. Pero, en verdad, se trata también de fortalecer a las comunidades indígenas *dentro* del estado. Se trata de lograr que sus derechos se hagan leyes, que encarnen en instituciones por ellas diseñadas y que se traduzcan en políticas públicas con ellas consensuadas. Esto, ahora, hay que empujarlo desatando una insurgencia nacional como la que estamos viviendo, pero más adelante tendrá que mantenerse y desarrollarse con la participación de los indios en los ámbitos del poder, tanto el ejecutivo como el legislativo y el judicial.

Y ahí encuentro una última y fraternal diferencia con los planeamientos del libro. En las páginas finales Toledo se desmarca del debate sobre derechos políticos y culturales, que considera *abstractos* y *volátiles*, así como de un supuesto *todo o nada* del EZLN, y llama a debatir las *cosas simples y cotidianas*, como el *prosaico bienestar material*, aunque también cuestiones tan trascendentes como la disyuntiva entre neoliberalismo y sustentabilidad.

Y no es que esté mal. Sin duda en unos cuantos meses estaremos discutiendo el Plan Puebla-Panamá y confrontándolo con las necesidades populares, y con las propuestas comunitarias de las organizaciones regionales y de los municipios democráticos. Pero en este debate la clave está en el poder. No en el gobierno, sino en la organización y la solidez de las propuestas, en la fuerza y el consenso adquiridos, en la capacidad de hacer valer las posiciones propias.

Porque en un mundo de discursos mediáticos, lo que está en cuestión es el valor de las palabras. El presidente Fox y el empresario Rombo hablan de *desarrollo* y de *sustentabilidad*, pero en verdad no sabemos qué significan para ellos estos términos. Ya se lo dijo la Reina de Corazones a la Alicia de Lewis Carroll: en cuanto al significado de las palabras, lo que importa es quien manda.